

CIUDAD ENFERMA

EQUIPO EDITORIAL DE ASTRÁGALO

A riesgo de tornarse exageradamente de época, este primer número de la tercera etapa de *Astrágalo*, no puede soslayar enfocar el impacto que la todavía en curso pandemia *Covid* ha infringido a muchas de nuestras ciudades e incluso al concepto mismo de *ciudad* en tanto caldero o *melting-pot* de muchas personas juntas que lograron conferirle a estos dispositivos sus valores modernos de cultura social. Desde inicios del 2020 las ciudades, en mayor o menor medida, devinieron organismos enfermos e insalubres para sus habitantes por la mera circunstancia del *vivir en común* con una relativa densidad alta de habitabilidad. El metro y los transportes públicos en general, los elevadores de las grandes torres o los pequeños cafés de autor que hacían las delicias de habitantes metropolitanos tanto como la prácticas modernas de la *flanerie* urbana, tornaron de ser evidencias del irresistible proceso de metropolización

del mundo, en cuasi trampas donde acecha el novedoso virus, que además se las ingenia para transmutar su ADN en diversas variantes y quizá para indicar que es uno más de una posiblemente larga serie de mutaciones zoonóticas que sobrevendrán en el futuro.

La *coronación virósica* del mundo 2020-21 depara inquietudes filosóficas, políticas y vitales y convoca o exige pensar de nuevo el ya de por sí devaluado arsenal teórico-disciplinar de la arquitectura tanto como el vapuleado campo del saber del *urbanismo*. Las incipientes respuestas de nuevas formas panópticas, de micro-ciudades fronterizadas e introspectivas en sus límites, de disposiciones geométricas de distanciamientos entre personas resultan en conjunto, patéticas maneras de presentar el imaginario proyectual frente a los nuevos desafíos. Si la arquitectura ya practicaba un notorio enmudecimiento conceptual frente al avasalla-

miento mercadotécnico de la vida urbana, las circunstancias actuales del futuro próximo, agravan tal estupor e incertidumbre.

De momento se advierte la restauración virtuosa del infierno foucaultiano de panópticos y diferentes modelos de reclusión y segregación terapéutica de los cuerpos. Lo que costó un siglo para contrarrestar –esa insidiosa vocación funcionalista de separar, distinguir y clasificar, que quizá une las ideas finales del XVIII con el espíritu del CIAM– renace valorado por los higienistas que claman por ayudas de *especialistas-espacialistas* que aseguren distanciamientos y porosidades sociales así como que consigan amenizar los *lockdowns*. Con conciertos de balcones e inusitados afectos por los arreglos vegetales y diversos efectos para eludir los déficits espaciales.

A la distancia, quizá sea de interés analizar las enfermedades sociales de mediados del XIX (que venían recurriendo con diferente intensidad y localización al menos desde la *Peste Negra* medieval) en cuanto circunstancias que produjeron el inicio del pensamiento *higienista* (con la *Hygeia* de Richardson por ejemplo) y la voluntad infraestructural de mejorar el saneamiento de las ciudades mediante una evidente cesión de utilidad del naciente capitalismo industrial para financiar esa modernización.

Los industriales del XIX –Engels era uno de ellos– así como el malévolo Henry Ford hoy podrían resultar candidatos al Nobel de la Paz, comparados con la ferocidad inhumana (no posthumana) del selecto club mundial de multimillonarios. Si bien las pestes de mitad del XIX pusieron en jaque la euforia del naciente industrialismo urbano, tuvieron al menos el valor de poner en marcha la respuesta adaptativa a ese impacto que supuso el desa-

rollo del pensamiento higienista y su ulterior contribución a construir infraestructuras de saneamiento que aseguraran la vida urbana en progresivo colectivismo y por tanto, en garantizar la necesaria reproducción de la fuerza biológica de trabajo. En el XIX las pandemias jaquearon la *producción* y las respuestas de los higienistas procuraron que los trabajadores pudieran seguir produciendo.

En el XXI, las pandemias afectan y comprometen el universo del *consumo*, desde minar las fluidez de los intercambios globales hasta poner en riesgo el acceso a las *cosas materiales* – justo cuando la *triple O* de Harman y Morton nos las re-presentaban como cuestionamiento al idealismo– (y, por tanto, en patrocinar una acentuación del *intercambio inmaterial*) así como a la idea misma de *multitud*, que los posmarxistas como Negri avizoraron como única garantía de alguna vía socio-política progresiva de izquierda.

La pandemia se hace *sindemia* (novísimo nombre que parece exaltar su magnitud) como consecuencia doble de la globalización económica-cultural y la intensidad de *economías-culturas líquidas* según el viscoso mote aplicado por Baumann, que liquida en un sentido la calidad del mundo –devastando naturaleza que permite el florecimiento de multitud de zoonosis– y, en otro, compromete la salud mundial porque ahora fluyen (o fluían hasta apenas ayer) cosas, personas e información. Hay al menos una historia de 30 años de zoonosis graves y diversas, como lo divulgó David Quanmen, que no alcanzaron el estatuto sin-pandémico simplemente porque la globalización absoluta no había alcanzado su cénit.

Es curioso advertir un retorno casi gozoso a cierta ultravaloración del criterio de *ciu-*

dad medieval, no sólo en las ya preanunciadas neo-medievalidades descritas por Eco desde los ´70 como eco de culturas apocalípticas sino mas recientemente en la desesperada noción de proponer la *ciudad de 15 minutos*, cuyas graficasiones planteadas por Carlos Moreno –uno de sus apólogos– es singularmente parecida a los *quartiers* de artesanos del siglo XIII, incluso dibujada a mano. Un poco más sofisticada –a través de la renderización– pero igual en intentar proponer la creación de pequeños núcleos habitativos con pretensión de integrar en el conjunto el trabajo y la producción de alimentos es el proyecto que Guallart Architects desarrolló para plantear la Nueva Area de Xiong’an que a 120 kilómetros de Beijing se anuncia como *primera ciudad poscovid*. Que no es *ciudad*, sino una mezcla de falansterio y ergasterio, para quitar la referencia que también sería válida, al orden teo-social de un monasterio.

Como expresión levemente alusiva a establecer el lugar en el mundo de cada uno de nosotros, prolifera una radical geometría terraplanista de líneas, puntos y cruces dibujadas por todas partes, sea como indicios del deseo de vacío (en las plazas del metro o en la espera del dentista), sea como suaves instrucciones de distanciamiento y colocación esponjada de cada cuerpo idealmente separado de todo otro por distancias clínicamente recomendadas, todo lo cual organiza a los humanos en filas para acceder a los cajeros o a las cajas del súper y que despliega una nueva especie de *ciudad dibujada*, en un *op art* más bien regularizado y modular que incluso alimenta las más audaces innovaciones del urbanismo covideano que como en Barcelona pintan las calles y aceras con abundantes grafismos blancos y amarillos que proponen espacios de peatones y bicicletas y destierran a

buses y autos, alimentando así nuevos formatos de *ciudad de cercanías*.

En la polaridad del desarrollo chino –emblematizada por Wuhan, la ciudad dónde empezó todo, en que se comen sopas de murciélagos pero que además (o por eso) es también capital del 5G– la reciente urbanidad aglomera gente que mantiene rasgos intensos de cultura rural (comer cualquier animal vivo y no con mejor salud natural sino con peores estadísticas y tratamientos sanitarios) y que está disciplinada como pocas para someterse a vigilancias amables o rigurosas que decantaron en la cercana Corea de Samsung, cuya tecnología *idem* consigue conectar en vivo a sanos y enfermos aportando nuevas e intensas versiones de una neo gran-hermandad que más acá de los horrores orwellianos parece que ha salvado vidas detectando a tiempo real cada nuevo infectado y sus movimientos.

Desde esa potenciación del rastreo minucioso de la vida de cada surcoreano se extiende sobre el mundo la idea de la *salvación electrónica* en que cada uno podrá sobrevivir de aquí en adelante a la enfermedad pero también a otras cuestiones como el trabajo, la educación, el *delivery* y hasta a las diversas instancias de las relaciones afectivas y porque no, a las opciones políticas, formateables de ahora en más, como articulaciones mediáticas entre electores y elegidos.

Y como final, lo más radical aunque todavía invisible: el aparente colapso de la economía global (al menos con una crisis de la mayor envergadura de las que tengamos memoria), las derivas insondables de políticas antisociales (desde Trump y Bolsonaro hasta la extendida pléyade europea de diferentes intérpretes de la amistosamente llamada *nueva derecha*), ningún

atisbo o manifestación concreta de redireccionar el planeta hacia el cese del calentamiento global y de la regresión de biodiversidad y toda una agenda necesaria de interpretar de nuevo la perspectiva de mejores territorialidades.

Bajo tal caracterización genérica de la temática de *ciudades enfermas* y con-movidas por instancias inéditas de *crisis del estar-juntos*, el ensayo de Roberto Fernández –*Siete notas sobre la inmundada coronación*– intenta plantear un panorama de hechos y pensamientos recientes –como la caracterización de crisis del común y de la co-inmunidad ya formuladas como preocupación por la marcha regresiva del mundo por Roberto Espósito hace bastante tiempo así como el ensayo de correlación entre comunismo y co-inmunismo planteado por Sloterdijk en su libro *Has de cambiar tu vida. Sobre antropológica del fin de la primera década de este siglo*– que han explotado en argumentaciones diversas en cuanto a su talante apocalíptico en escritos de urgencia producidos con mayor o menor lucidez por Žižek, Agamben, Bifo, Preciado o Byung Chul-Han para exponer direcciones de análisis pero también perplejidades de analistas.

En el 2020 la crisis del impacto Covid en la economía y sociabilidad del mundo hizo presumir posibilidades de reformular el modelo del capitalismo salvaje en favor de solidaridades salvíficas o de superación de algunos *stress* de sustentabilidad, pero el desemboque en los hechos y políticas del 2021 –que presencian por ejemplo, ganancias enormes en empresas inmateliales y farmacéuticas así como en el valor de las *commodities*– auguran otro ciclo depredador de los actores económicos hegemónicos y una agudización de las asimetrías de calidad de vida entre ricos-saludables (hiper-vacunados) y pobres-enfermos (sub-vacunados).

Hace apenas pocos meses algunos teóricos de fuste imaginaban variantes de co-inmunismo y de cambio de vida (incluso con atisbos de culturas posurbanas); hoy las circunstancias visualizan más la afirmación de las tendencias tanáticas de un capitalismo solo evolutivo en la idea de sostener tasas de ganancias y acumulación diferencial.

El artículo de Daiana Zamler –*Entre el romance por el espacio público y el fetichismo por el placer emerge una necesaria demanda por sanar la ciudad*– que refiere a un completo análisis teórico del concepto de *espacio público* urbano (desde Lefebvre hasta Koolhaas) parte de una aseveración polémica al sostener que las ciudades ya estaban enfermas antes de la manifestación intempestiva del Covid; ello en virtud de una extrema dificultad de modelar, dentro de la enorme presión de rentabilidad que el capitalismo infrige a la ciudad al menos durante todo el siglo XX, rasgos de una vida de calidad urbana tal que garantizase espacio público diversificado para todo el mundo y en todo lugar. Esos aspectos resultan sustantivos: *diversificados* en cuanto a promover funciones que trasciendan aquellas cuestiones que son meros traccionadores de aumento de la rentabilidad urbana privada y diferencial (como parece ser caso de grandes novedades, como el High Line neoyorquino) tales como las que promovía Koolhaas (en su poli-funcionalidad) o Lefebvre (en su idea de *lugares de placer*) y *para todo el mundo y en cada lugar*, en razón de recalificar este componente de ciudad –el espacio público equipado y activo– como algo que debe ir más allá de la concentración relacionada con usos calificados e intensificación de la renta de áreas centrales y asumir en diversas escalas, su potencial de mejoramiento de cali-

dad de vida de todos los sectores espaciales y estratos sociales de la ciudad.

Lo enfermo de la ciudad moderna (que organizó su espacialidad pública con modelos que oscilaron desde el *romanticismo* al *fetichismo*) se agudiza en la instancia de la pandemia (enfermedad genérica + enfermedad específica) y fenómenos como el rol de lo público para mitigar o soportar los *lockdowns*, adquieren inéditas problemáticas y exigencias debido a las preexistencias de locación, escala o calidad que ya traían los espacios públicos antes de la pandemia.

Las notas de investigación de Miguel Rótolo y Laura Zulaica –*Vulnerabilidad socioambiental y resiliencia en dos barrios del borde urbano de la ciudad de Mar del Plata: aportes para la gestión local*– transmiten trabajos de análisis de áreas informales de la periferia de crecimiento espontáneo de una de las ciudades mas grandes de Argentina, articulando una indagación de su estado de calidad de vida (mediante una aplicación de un *índice de vulnerabilidad socio-ambiental* –IVSA– creado por sus autores y usado para medir dicha calidad o falta de ella) con un sondeo realizado mediante entrevistas a actores sociales relevantes conducente a modelar el grado de resiliencia o adaptación ante las afectaciones eventuales como ha sido, por su velocidad de emergencia, el fenómeno de la pandemia.

El análisis establece lo que parece una norma en toda América Latina, acerca del mayor impacto de tal evento en las áreas y comunidades urbanas más marginales y ya sometidas a estándares deficitarios de trabajo, salud, educación y acceso mínimo a servicios, dado que fueron sectores cuya estructura previa indicaban rasgos como los del trabajo precario e informal

lo que sufrió fuerte retroceso en la retracción general del consumo y en los efectos de la inmovilidad propuesta por las restricciones de movimientos en las ciudades. La pandemia y sus efectos económicos impactaron primaria y profundamente en los sectores más marginales, aún si existieran políticas sociales de mitigación de esos impactos. Sin embargo, los estudios que presenta este texto también postulan atisbos de *respuestas resilientes* de la comunidad, visible en el diseño de instrumentos como los CBE (*Comités Barriales de Emergencia*) o la mayor vigencia de programas como ProHuerta que permitieron alguna mejora en la autosustentabilidad. La perspectiva de que estas áreas obtengan mejoras emergentes de efectos pandémicos –como su consolidación socio-urbana en la dirección de devenir micro-ciudades de 15 minutos o de depender en grado alto de recursos micro-locales de trabajo y producción– resulta extremadamente difícil de ocurrir.

El ensayo de Leonardo Fernández –*El verde metropolitano: una revisión de los espacios abiertos públicos en clave pandémica para el Área Metropolitana de Buenos Aires*– retoma el enfoque ecologista en el análisis de las características ambientales de las grandes concentraciones metropolitanas centrándose en el caso del AMBA (Area metropolitana de Buenos Aires) cuya población de 15 millones desplegados en una superficie de 2500 km² presenta una marcada deficiencia en su dotación de espacios públicos abiertos (verdes, azules y grises) ya que su estándar de 3.2 m²/h es de un tercio del mínimo internacionalmente recomendado.

Bajo tal característica el ensayo revisa en perspectiva histórica, diversas actuaciones que entre 1880 y 1950 procuraron paliar la artificialidad de la estructura urbana según direc-

tivas derivadas en los enfoques del higienismo para luego centrarse en la situación presente a la luz de una nueva demanda de actuaciones en relación a los procesos de la presente pandemia. La misma pone en evidencia la falencia de la planificación metropolitana y la dificultad en abordar *políticas biofilicas*, que a la sazón comienzan a recomendarse para afrontar una segunda respuesta de acondicionamiento higienista de las grandes concentraciones urbanas de cara a los impactos pandémicos, de este virus, sus mutaciones y de los virus por venir, que parecen ya anticipados por los pronósticos referentes al control zoonótico.

El escrito de Sandra Sánchez –*Lo global y lo local en las ciudades enfermas en tiempos de COVID-19. Cuerpos cautivos y necropolíticas en la Ciudad de Buenos Aires*– evidencia un análisis de como los episodios pandémicos oscilaron desde una inicial visión de utopías co-inmunitarias e igualaristas a una intensificación de la mirada neoliberal y la afirmación de las economías urbanas confirmatorias de diferencias irresolubles entre pobres y ricos y en la aceleración de políticas vinculadas a la renta capitalista financiero-inmobiliaria todo visualizado en fenómenos ocurridos en la ciudad de Buenos Aires, donde desde el 2017 se había puesto en movimiento una orientación política que pretendía duplicar el parque edilicio de la ciudad para hacer que esta pasara de 3 a 6 millones de habitantes con la idea de transferir casi toda la tierra pública a negocios inmobiliarios de alto standing.

En este contexto y antecedente, que haya sobrevenido la pandemia no significó ninguna alteración del plan precedente para lo cuál se favoreció el auge de una discursividad libertaria (que suplementa y contrasta como *infode-*

mia engendrada por los medios concentrados de comunicación, el fenómeno de la pandemia) que obstruyese o contraviniese las directivas de porosidad social de reclusión, *lockdown* o distanciamiento y a avalar en los hechos, el sostenimiento de las políticas privatistas precedentes por las cuáles no se afrontaba el mejoramiento del equipamiento y espacio público ni el desarrollo de actuaciones de mejora ambiental. La investigación constata los efectos desiguales de las afectaciones sanitarias de la pandemia según la calidad de cada estrato social y la mirada neoliberal exacerbada respecto de considerar los efectos concretos de la enfermedad social como episodios singulares de la marcha ascendente del capitalismo urbano así como presentar a las víctimas como una condición ligada a ese desarrollo que presenta fenómenos de supervivencia del más fuerte y mas rico.

El texto de Julian Roldán –*Variaciones sobre el Eternauta. Analogías, escenas primarias y una poética para el mito en la primera versión de El Eternauta*– trabaja sobre un célebre *comic* argentino (*El Eternauta*) que iniciado en su publicación semanal hacia 1957 y compilado como volumen integrado en 1975, ha funcionado como poderosa metáfora alusiva al devenir argentino ligado a su etapa más sombría de dictadura, en cuyo contexto y decisión, Héctor Oesterheld, el creador de esta historia, fue asesinado junto a sus cuatro hijas.

El Eternauta construye, desde el lugar marginal del *comic*, historieta o *literatura dibujada*, una más de las posibles *escenas primarias* de una cultura e imaginario colectivo para Buenos Aires, sobre todo en la minuciosa crónica de sus *lugaridades* tanto suburbanas como centrales, que abordará Solano López, su dibujante. No casualmente el texto ha sido recogido en la

primera década del presente siglo como referencia posible a eventos ligados con la dictadura instaurada en 1976 e incluso con sus figuras de lucha armada urbana y ahora, en este ensayo, también permite relacionar las consecuencias de la contaminación mortífera que una invasión extraterránea proporciona a la vida urbana –obligando a replanteos de supervivencia– con algunas circunstancias y escenas del reciente par de años en que Buenos Aires, como múltiples grandes metrópolis mundiales, ve redefinida drásticamente su cotidianidad y las características de su vitalidad urbana como efecto de la pandemia.

La contribución de Gonzalo Carrasco Purull –*Apagando ciudades. Toque de queda, emergencia sanitaria y las tácticas de los nuevos autoritarismos*– revisa los argumentos que se plantearon desde Foucault y Hanna Arendt hasta Graham –y su *Nuevo Urbanismo Militar*– sobre el control de las ciudades desde la perspectiva del poder político que requiere restringir libertades ciudadanas y de sus movilizaciones, enlazando también con los criterios decimonónicos del Mariscal Bugeaud cuya descripción de la transformación de las ciudades a fin de impedir esas libertades sirviera de marco ideológico para las archiconocidas actuaciones parisinas del Baron Haussmann.

Todo ello para señalar que la manifestación del Covid en Chile, y en particular en su capital Santiago, devino inmediatamente después de las intensas movilizaciones populares contra el régimen derechista del Presidente Piñera casi medio año antes del surgimiento de la enfermedad y ese medio año se puso en juego tanto la movilización popular centrada en la Plaza Baquedano (rebautizada *Plaza Dignidad*) cuanto la disposición de control militar-represivo

conocido como las *Zonas Cero* (10 epicentros de activación popular sujetos a control policial-militar) o el montaje del dispositivo computarizado de vigilancia conocido como SCI. Por ello cuando devino la pandemia tal modelo de vigilancia urbana y restricción de manifestaciones cívicas empalmó naturalmente con la sanción de el más dilatado toque de queda sancionado desde entonces que ya supera los 550 días (cuando en Wuhan, el original epicentro pandémico, fueron 76 días). Puede así decirse que el advenimiento de la enfermedad agravó en el caso santiaguino el modelo de control socio-político precedente conjuntando un criterio preexistente de vigilancia y sistemas represivos con los criterios epidemiológicos que sin embargo, tampoco resultaron estrictos ni eficaces en el manejo sanitario que siempre mantuvo una voluntad de no obstruir las economías de consumo y el montaje de *oligofeudos* (*malls*, grandes centros comerciales, etc.) que mantuvieron su actividad. De modo que el parcial y circunstancial fenómeno de la ciudad enferma debe ser situado en la perspectiva de una voluntad harto más genérica de modelar sistemas de control y vigilancia de las protestas sociales. Casi podría decirse con cierto humor negro, que la pandemia le vino de perlas a Piñera.

El tiempo de producción de este número de *Astrágallo* permitió cotejar cierto optimismo utópico inicial (Zizek, Berardi, Boaventura de Sousa –cuyo reciente *El futuro comienza ahora. De la pandemia a la utopía* reafirma su progresismo inquebrantable) que creía entrever el colapso final de la vida capitalista exacerbada por los mercados y la depredación de la naturaleza (con el moderado retorno al inicio de los *lockdowns* de alguna serpiente a alguna ciudad o con la reducción de turbidez de la laguna de

Venecia) con ciertos atisbos de certezas visibles ya avanzado el 2021 sobre el renovado vigor de aquel régimen (ganancias extraordinarias de multinacionales inmateriales y farmacéuticas: éstas absolutamente reacias a garantizar la inmunización del mundo) y casi una inmutabili-

dad neo-conservadora en buscar direcciones de *vuelta a la normalidad*.

El futuro inmediato será problemático y controversial, pero por ahora, las serpientes vuelven a sus lejanas madrigueras y la laguna de Venecia recobró su turbidez.

